

La señorita Isidora se tomaba a veces la licencia de no saber — tan sólo y por las buenas, lo que era una forma un tanto recortada de empezar y, por eso o por no quedarse sin recreo, Tarde de otoño aun con enorme esfuerzo se alargaba y —: si le iba a merecer la pena manifestarse, abiertamente, y expresar su desacuerdo más rotundo o si, por el contrario, sería más prudente el echar mano de alguna otra discrepancia menos categórica y manifestarse — sí —, abiertamente — también —; mostrarse y dejarse ver y oír y a lo mejor hasta tocar... o, bueno, eso ya lo decidiría, sin remilgos ni ñoñeces — de acuerdo — pero sin dar un cuarto al pregonero.

Eso, ya estaba mejor.

No le parecía a Isidora que pudiera, *jante ningún tribunal de este mundo ni del otro!* — había llegado a declamar puesta en pie y en tono muy dramático<sup>1</sup>; aunque ya hacía mucho tiempo, antes de aprender a ignorar con algo más de resolución y desparpajo —, defenderse que fuera *cualquier cosa*, en puridad y en cursiva, de entre todas las parrafadas que el aspirante ha de encarar para labrarse un nombre, una ni de las más cortas ni de las más fáciles de recordar y repetir, así, de un tirón.

— Eso dependerá, Isidora — hubo quien trató en cierta ocasión de meterle en la cabeza — de desde dónde estás partiendo.

— ¿Y desde dónde va a ser? — replicó, con un punto de sarcasmo.

— Quiero decir *de dónde vengas*.

— ¡Ahí iba yo!

— Isidora, por favor, defínete...

— Vale: me quedo.

— Pues, hala: desde “*! Pruebas j*”... Y punto.

Y Tarde de otoño respiraba aliviada.

---

<sup>1</sup> A Tarde de otoño le costaba arrancar, pero una vez encarrilada se embalaba.